

El lugar del teatro

◆
HÉCTOR MENDOZA

Hace algunos años intervine en una mesa redonda organizada por el Consejo Académico del Área de las Humanidades y de las Artes, de la Universidad Nacional Autónoma de México, con el título *La literatura y la música en las artes escénicas*. Comencé mi ponencia preguntándole y preguntándole a los otros ponentes el por qué de la exclusión de las artes plásticas en el tema que íbamos a tratar. Ya no recuerdo si alguien contestó a mi pregunta y mucho menos en qué sentido lo hizo. Lo que es cierto, en todo caso, es que pienso ahora que la exclusión se debió a la costumbre de considerar que la plástica es el elemento primordial de todas las artes escénicas por el sólo hecho de que *se ven*. —Siento, sin embargo, que esta idea ha comenzado a desaparecer en los últimos tiempos. O no sé, tal vez es simplemente que yo así lo espero y por lo tanto me engaño. — Porque la verdad es que me parece que, fuera de la danza clásica o contemporánea y la pantomima, las demás tienen como elemento básico a la música o a la literatura. Es decir que si fijáramos nuestra atención sólo en la ópera, por ejemplo, tendríamos que hablar de *la literatura y las artes plásticas en la ópera*, ya que todos estamos conscientes que tal género escénico, a pesar de ser texto en gran medida y artes visuales en otra, es primordialmente música. Los elementos textual y visual sólo vienen a ser *complemento* de ese todo que conocemos como *la ópera*; es decir que la literatura y las artes plásticas están del todo subordinadas a la música. Algunos de nosotros, incluso, cuando escuchamos la grabación de determinada ópera, prescindimos por completo de ese acompañante escénico suyo que es la plástica, y no por ello pensamos que se nos está privando de un elemento sine qua non. Gozamos de la ópera a través de los oídos y tan contentos. Resulta claro que en

el caso de la ópera grabada, ésta pierde su calidad escénica, lo cual hace factible que al hablar de *artes escénicas*, se las relacione directamente con lo visual que les corresponde.

Sin embargo, el hecho de que la cualidad visual sea una característica de las artes escénicas no la convierte necesariamente en cualidad artística, es decir, en *arte plástica*. Un concierto, pongamos por caso, se realiza generalmente colocando a los instrumentistas a la vista del público sobre el escenario, lo cual haría pensar que ese concierto entra en la categoría de *arte escénico*; no obstante, a nadie se le ocurre que ese concierto tenga nada que ver con las artes plásticas, a pesar de que los músicos *se vean*. Con esto quiero decir que tal vez no deberíamos considerar *arte escénico* toda actividad llevada al cabo sobre un escenario por visual que ésta sea. Y es por eso que me pareció curiosa la exclusión de las *artes plásticas* en el título de aquella mesa redonda en que participé.

Lo que pasa con la ópera no pasa, desde luego, con la danza (cuya naturaleza primordial puede relacionarse fácilmente con las artes plásticas). A diferencia de la ópera, lo importante que la música pudiera parecer en un espectáculo dancístico, no lo es tanto como para volverse indispensable, ya que hemos visto ballets sin música, que, además, resultan perfectamente logrados. Por lo tanto, la música, si enormemente enriquecedora, no viene a ser otra cosa que una expresión subordinada a la plástica en las artes dancísticas. En cuanto a la literatura, a pesar de los ballets con anécdota o con tema, en términos generales le es ajena a esta forma del arte. Los puristas de la danza han rechazado, lo mismo que lo hacen los puristas de la música, toda pretensión literaria por considerarla espuria.

En lo que se refiere al teatro, la participación conjunta de los tres elementos es tradicional. Una buena parte del público aficionado al teatro piensa erróneamente que tal participación se da a partes iguales. Sabemos desde luego que la música no puede tomar un papel preponderante en un espectáculo escénico, sin que se suscite automáticamente un cambio de género. La ópera, la opereta, la comedia musical, la zarzuela y no se diga la cantata, el oratorio, etcétera, son géneros musicales claramente diferenciables de lo que es el teatro en sí. Sabemos pues —está claramente determinado por la crítica más seria—, que para el teatro la música es un elemento, si altamente necesario en ciertos casos, no indispensable y, desde luego, subordinado.

No es ya tan claro lo que sucede con la literatura y las artes plásticas en el teatro. Sabemos que Aristóteles consideró género literario al teatro en su *Poética*. Desde la Grecia helénica y hasta hace muy poco, la puesta en escena no se había considerado un elemento principal desde un punto de vista creativo. Existía la puesta en escena, desde luego; pero existía en forma por demás rudimentaria y en modo alguno significativa. A los actores, en cambio, sí, desde la época de Aristóteles, se les ha considerado *reproductores geniales* en sus mejores ejemplos, por más que no hayan sido en realidad otra cosa que astutos recitantes del texto de la obra. Así pues, se les ha considerado desde siempre indisolublemente ligados al texto que declaman. En esa forma la literatura abandonaba la *letra muerta* para convertirse en *voz viva*.

No es, realmente, hasta fines del siglo pasado cuando nace el director de escena como *creador de arte*, es decir como *propositor* genuino. Su nacimiento quedará marcado con la aparición de dos importantes opciones que habrán de determinar su ulterior desarrollo. Y aquí debo aclarar que no estoy hablando del director como el simple organizador de elementos escénicos que ya había venido siendo desde la antigüedad, y que en forma básica seguirá siendo hasta el final de la existencia del espectáculo teatral, sino el director escénico como un verdadero creador de arte. El director escénico en este caso elige entre dos posibilidades que lo determinan: la de propositor plástico o la de propositor literario.

Resulta mucho más sencillo para el público y para una crítica no muy perceptivos percatarse de la creación artística de un director escénico si la proposición de éste es expresada a través del ámbito plástico. Lo cual viene a ser natural si consideramos que dentro de las tres ramas artísticas, la plástica, la musical y la literaria, siempre es más

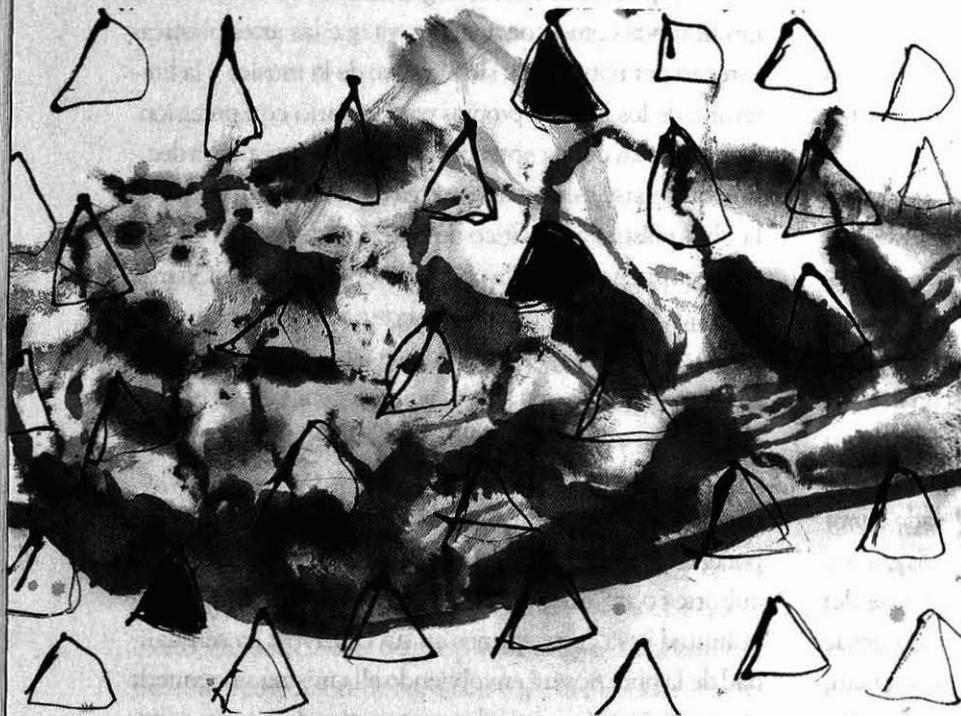
fácil apreciar la primera ya que, al ser la vista el sentido único que la capta, nos gratifica sin tener que realizar un esfuerzo mayor que el de mantener abiertos los ojos *deseando* ver. Las artes plásticas no se esforzarán, pues, para captar nuestra atención, más que en ofrecernos formas, colores, texturas y movimientos espaciales atractivos a la vista, con el propósito de despertar nuestra *sensualidad* y gratificarla. De pretender despertar en nosotros estados de ánimo o pensamientos, lo lograrán sólo en una medida tan limitada como contingente, ya que las artes plásticas carecen por naturaleza, sin el apoyo de la música y la literatura, de los medios propios para lograrlo con precisión. Depende más del receptor que del creador artístico la decisión de dejarse estimular emotiva o intelectualmente con la obra plástica. El crítico de este tipo de manifestación artística encuentra en la obra un motivo de reflexión más libre que el crítico literario, ya que aquél puede reinventar la obra con mayor facilidad que éste. La unidad plástica tal o cual tiene una significación potencial mucho más abierta que una frase literaria. Los buscadores de arte, en su gran mayoría, son perezosos. Abrir los ojos y ver y dejarse conmover sensualmente no requiere de mayor esfuerzo; por ende lo prefieren. Mirar una buena muestra pictórica, escultórica o arquitectónica sólo requiere de nuestra buena voluntad para convertirnos en sus cautivos. La sensualidad de la obra nos irá envolviendo ella misma sin requerir una participación particularmente activa de nuestra parte.

Por el contrario, escuchar viene a ser más difícil que ver. Escuchar requiere, además de la voluntad de hacerlo, un esfuerzo extra de la atención por parte del escucha. Si uno se distrae un poco, es posible que se pierda para siempre. Escuchar una sinfonía exige de nosotros un mayor esfuerzo que mirar un cuadro o una escultura. Las artes plásticas vienen a nosotros, la música —como expresión culta, claro—, nos obliga a ir a ella. Entender una obra musical quiere decir captarla emotivamente: Los estados anímicos son *aquello que está ahí* en la música; cualquier otra pretensión resulta siempre aventurada, aun en la música decididamente programática.

La literatura, en cambio, se vale de la vista para constituirse en expresión última y fundamental en la mente del lector. Sin embargo, la letra de imprenta misma, que es lo que *vemos*, no contará como otra cosa que instrumento conductor, a pesar de los experimentos de *tipografía semántica* que se han hecho. Sin lugar a dudas, la creación literaria, incluso la de ficción, es la menos popular de las artes, puesto que requiere de un esfuerzo personal mayor por

parte del que se acerca a gozar de ella. Los sentidos en este caso no son gratificados sino el intelecto.

Resulta difícil negar pues que en el *teatro de arte* la literatura sea el principio creativo. Y sin embargo es claro que en el teatro no se obliga a nadie a leer para enterarse. En su prólogo a *La señorita Julia*, Strindberg comienza diciendo que el teatro es una *Biblia pauperum*. Es decir la literatura puesta al alcance de todos a través del conjunto oído-vista.



El teatro viene a ser el primer medio audiovisual creado por la sociedad para lograr que el individuo común alcance un conocimiento que de otro modo sería inaccesible, por difícil, de haber permanecido encerrado en el libro.

Siendo esto así, el director escénico creativo tiene finalmente dos opciones, como ya he dicho. Una: pretender apoyar el texto en forma primordialmente visual, y dos: apoyar el texto en forma primordialmente auditiva. De esta manera, lo hará más complejo, desde el punto de vista de su significado, al crear una forma viva, un suceso que ocurre ahí ante nosotros, y, al final, muy otra cosa que la literatura de que se sustenta a cada momento.

Estas alternativas han dado por resultado dos tipos bien distintos de teatro. Aun cuando ambos utilizan un texto como la base de su creación escénica, acabarán diferenciándose de él en una forma o en otra. No cabe duda que estos dos tipos de teatro creativo reúnen en una sola obra las tres ramas artísticas fundamentales: la literatura, la música y la plástica, en proporciones variables. La música

en ninguno de los dos casos viene a ser absolutamente indispensable; su inclusión, sin embargo, ayuda en gran medida a la expresión total, tanto para incrementar y subrayar la significación visual como para subsanar fallas emotivas en la significación actoral. El actor que no es meramente un recitador deja de agregarle al texto una extravagante melodía supuestamente necesaria para el *buen decir*; agrega en cambio una buena cantidad de signos gestuales prove-

nientes del movimiento tanto corporal externo como vocal, que vienen a enriquecer en mucho la significación del texto proporcionado por el dramaturgo. En cada caso de estos dos tipos de proposición escénica teatral, el uso de la música habrá de cambiar naturalmente, lo cual hará que sea distinta la clase de música que se emplee y el lugar y el propósito que se le adjudique. La significación plástica y la significación actoral, es decir más literaria a pesar de no ser recitativa —o mejor precisamente por no serlo—, requerirán énfasis musicales de distinta naturaleza.

El teatro de significación plástica estará pues más cerca del cine —que en mi concepto se encuentra inscrito dentro de las artes plásticas, mucho más que dentro de las literarias—, y más alejado de la literatura, con la que, con muchísima frecuencia, no establece vínculos más que como un último recurso que no le permita convertirse en otra cosa. Cuando yo hacía este tipo de puestas en escena dudé de tal manera llamarlas *teatro* que opté por denominarlas *espectáculo*.

Guardar una proporción equitativa entre las tres ramas artísticas que intervienen en la creación teatral resulta imposible, ya que la plástica, por su peso de menor magnitud, acabará estando siempre por encima de las otras dos. Una escenografía excesivamente presente, lo sabemos, logra con facilidad ganar la atención del público. Minimiza la importancia del trabajo actoral y por tanto la del texto; con ello, provoca un desequilibrio en la significación teatral.

El lugar del teatro escénico en las artes todas debería establecerse por la preeminencia que el autor de la puesta en escena quiera otorgarle a cualquiera de los dos elementos que parecen primordiales: la literatura y las artes plásticas. Pienso que si el teatro musical ha logrado una categoría otra y muy específica, tal vez deberíamos considerar hacer lo mismo con el teatro plástico. ¿Por qué no? ♦